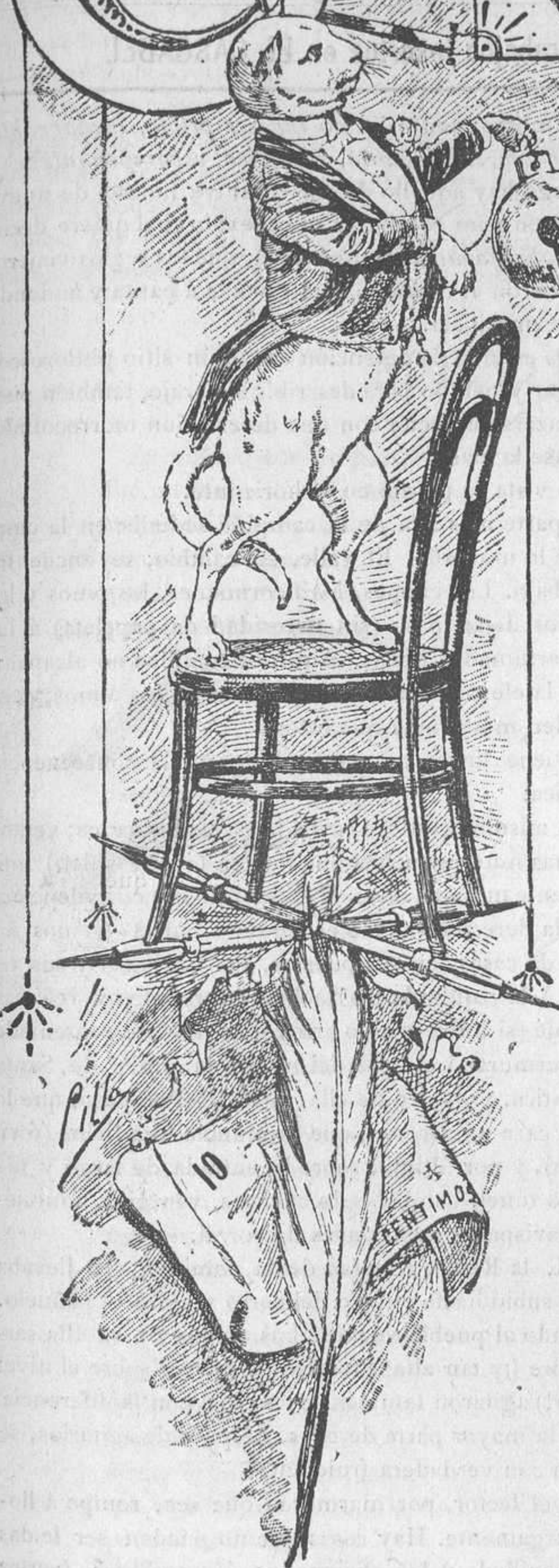


EL CASCABEL



Núm. 30. EPOCA TERCERA Año I.

SILUETAS, por Mecachis.

NUESTRAS AGUADORAS



Ellas suelen calmar nuestros ardores
 con agua fresca y cristalina á veces;
 es más, de cuando en cuando nos dan peces
 de río, de laguna y de colores.

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).	Paso (D. Manuel).
Cávia (D. Mariano de).	Pérez Zúñiga (D. Juan).
Jackson Veyan (D. José).	Sierra (D. Eusebio).
López Silva (D. José).	Taboada (D. Luis).
Palacio (D. Eduardo de).	Torromé (D. Rafael).
París (D. Luis).	Yráyzoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).	Rojas (D. Pedro de).
Cilla (D. Ramón).	Sáenz Hermúa (D. Eduar- do) (<i>Mecachis</i>).
Escaler (D. Ramón).	
González (D. Melitón).	

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



El regreso de la corte se aproxima. Los cronistas del viaje regio se despepitan por comuni-

carnos detalles del mismo, y al leerlos, parece que andamos alrededor de las reales personas, por donde quiera que éstas van. Descripciones pintorescas, frases conmovedoras, pormenores los más insignificantes, todo cuanto el lector apetezca puede hallarlo en las indicadas crónicas, ora telegráficas, ora postales, expresado con una verdad y un colorido que asombran.

¡Qué de entusiastas aclamaciones á la augusta señora en todas partes! ¡Qué de cohetes, bombas y bombos en obsequio suyo! ¡Parece que está uno, por corto de vista que sea, viendo los gestos expresivos de satisfacción intensa con que la beneficiada corresponde á los plácemes del público, y hasta puede uno, sin apartar los ojos del periódico, ir contando los surcos que en la faz de cada manifestante, rural ó urbano, se forman al abrir la boca para lanzar el sonoro *viva!* ¡Ole ya!

¡Con qué encantadora formalidad nos cuentan que los duques de Tapujo ó los señores de Trapatiesta fueron honrados en tal ó cual punto con la visita de SS. MM. y AA., á cuyas personas augustas recibieron con amabilidad exquisita! ¡Con qué seriedad nos refieren á continuación que los favorecidos por tales visitas oyeron frases galantes de labios de los favorecidos!

Como que si no nos lo llegan á decir, estamos figurándonos á estas horas que la respetable Regente ha entrado en el hotel de los duques á moquete limpio con toda la familia y criados adyacentes, ó que el Rey niño ha mordido á la señora de Trapatiesta en una pantorrilla, siendo despedidos los reales huéspedes de una y de otra casa mediante sendos escobazos y malsonantes de nuestros.

Eso sí; como arsenal de adjetivos retumbantes los telegramas del viaje regio son una verdadera maravilla: «Calurosísimamente victoreados»; «apiñadísima mu-

chedumbre»; «entusiasmo *indescriptible, inenarrable, inacabable, estruendoso, frenético, espampanante.*»

Luego hay aquello de «la comitiva montó de nuevo en el tren para continuar su viaje»; lo cual quiere decir, por si *abrigábamos* alguna duda, que los regios viajeros no tuvieron el capricho de atravesar á patita y andando toda la provincia.

Pues cuando la detención en algún sitio pintoresco, da lugar y tiempo para describir el paraje, también puede solazarse el lector con una descripción morrocotuda.

Véase la clase:

«La vista se pierde en el horizonte.

La parte más alta de la campiña se halla en la cumbre de la montaña. El valle, en cambio, se encuentra más abajo. Los chopos, los alcornoques, los pinos y los castaños dejan paso (sin necesidad de papeleta) á las más perfumadas brisas. Aquí los tomillos no alcanzan jamás la elevación de las encinas ni de los olmos; pero despiden más aroma que éstos.»

Y viene luego, así como de paso, la consecuencia filosófica:

«Lo mismo acontece ¡ay! á los seres humanos; vemos personas muy pequeñas que huelen (ó que valen) infinitamente más que otras de extraordinaria corpulencia.»

«A la derecha—añade el celoso cronista—vemos un grupo de casas con sus puertas, sus ventanas y sus tejados. A la izquierda un riachuelo serpentea y refresca el paraje (si hubiera sido arroyo, se hubiere contentado con murmurar.) Al pie del monte la ermita de Santa Escolástica, y dentro de ella, el Padre Pomposo, que lo mismo caza un sermón, que pronuncia una liebre (ó viceversa), y por último, sobre la entrada de largo y tenebroso túnel, bandadas de cuervos, vencejos, murciélagos, avispas y demás aves de corral.

S. M. la Reina, *seguida* de la comitiva que llevaba detrás, subió hasta el pico del cerro y agitó el pañuelo, saludando al pueblo vecino. Las damas de su alta servidumbre (¡y tan alta! ¡trescientos metros sobre el nivel del mar!) agitaron también los suyos, con la diferencia de que la mayor parte de ellas, después de agitarlos, se sonaron con verdadera fruición.»

Aquí el lector, por marmóreo que sea, rompe á llorar amargamente. Hay cosas que no pueden ser leídas con serenidad, y los aficionados á emociones fuertes pueden gozar á sus anchas con los relatos del viaje regio, pues no dejan de tener su parte conmovedora.

Hay señora sensible que en cuanto la leen algo de aclamaciones calurosas, solemnes *Te-Deum*, masas populares embargadas por el llanto y tiernas infantas con la sonrisa en los labios, pierde el apetito de tal modo

que anda luego buscándolo por doquier y no lo suele encontrar hasta que ocurre otro viaje regio y los cronistas vuelven á emocionar á la interesada.

Y no es menester que sean las reales personas las protagonistas de los hechos. Hay quien se contenta con menos para preocuparse y tener en brasas á la familia.

—¿No sabe V. lo que le pasa á mi Quiterio?—me decía anoche la esposa de un aficionado á las noticias conmovedoras.

—No sé nada—respondí.

—Pues, que ayer leyó en un periódico que «ya corren en pernetas por la fina y sedosa playa de San Sebastián los vástagos del gran duque Wladimiro», y desde el momento en que lo leyó, no es ya el mismo Quiterio de antes. Tal efecto ha producido en su impresionable corazón semejante noticia, que anda por toda la casa

como un demente, con un pie metido en una zapatilla y el otro en una ensaladera, dando vivas á la familia del gran duque y abrazos á su propia cocinera. No ha visto V. un ser más nervioso que mi Quiterio. ¡Parece mentira que sea registrador de la propiedad y que haya tenido despacho de bebidas gaseosas!

En fin, pronto los *reporters* regresarán á cuarteles de invierno, y las noticias relativas á escursiones más ó menos regias, dejarán el sitio á los ecos de sociedad y á los anuncios de bodas ó de acontecimientos teatrales.

De unas y otras materias me ocuparé con la oportunidad, el aseo y el esmero que requieran, *Deo volente, ó volante*, como dice un senador amigo mío.

Y con esto no canso más.

Otro día seré más largo... y tal vez más ancho.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

MEDIO TONTO

A confesar con un *pater*
fué un mosuelo de la Algaba,
mu conosío der pueblo
por su desinificansia;
que le esían medio tonto
y en esto no le fartaban.
—Pare, acúsome—desía—
de un pecao que...

—Vamos, habla,

que se quea la consensia,
dempué de desir la farta,
mu desajogá, hijo mío.
—Pare, soy una alimaña,
un móstruo, una fiera, un tircue.
—Acaba, hijo mío, acaba.
—Como yo soy medio tonto,
sigún la gente declara,
pare, no sé lo que jago
en argunas cercustansia;
y hay veses en que soy güeno
y tóo er que quiere me engaña,
manque esto mu poca vese,
dicho sea á Dios las gracias;
pero otras vese, soy malo
sin intensión voluntaria
y le quito la cabeza
ar que se descuidia ó caya.

—Bien, adelante, hijo mío,
mira que ya es una guasa;
rompe por fin, ó de no
déjale er turno á tía Juana,
que esa despacha á seguía,
porque es visita diaria.

—Pues miste, pare, la cosa
jué, que antinoche en la jasa
que tiene er señor Frasquito,
lindera con la de casa,

entré sin que me sintieran,
y valiéndome de maña,
porque el perro me conose
y ni siquiera me ladra;
y dende ayí, pa la nuestra
pasé siete ú ocho cargas
der trigo que ha recogio
y lo enserré en nuestra cuadra.
Este es er pecao que tengo,
pare, y á más... que pensaba
preguntale á usté, no sea
que puea ser que pierda el arma
y si ya la pierdo, pare,
que sea por mayor causa;
voy esta noche y no deajo
trigo, ni cebá, ni paja;
de condenarme, por argo.
—Mira, animal, yo pensaba
que abultaría la gente
yamándote tonto...

—¡Vaya!

—¿Pero dime, medio tonto,
ya que emprendiste la hasaña
de mudar de puerto ar trigo
por una groma pesada,
cómo en ves de esa faena
no jisiste la contraria,
yevando er tuyo ar vesino?
—A cuarquiera se le arcansa:
porque yo soy medio tonto
como tóo er mundo lo jabla;
pero de llevar mi trigo
pa que er vesino engordara
fuera ya tonto completo
y meresiera una arbarda.

EDUARDO DE PALACIO.

LA LEY DEL PROGRESO

Entró á servir de niñera
en una casa Isabel,
por el tiempo en que ella era
novia de un soldado, del
regimiento de Albuera.

Se querían locamente,
y allá en la plaza de Oriente
prodigábanse cariños,
sin cuidarse de la gente...
ni cuidarse de los niños.

Pero al fin se hartó Isabel,
y sin acordarse más,
despreció al soldado aquél
por un chico, cabo del
regimiento de Wad-Rás.

El cual, tras de una cuestión,
fué suplantado al momento,
sin más consideración,
por un buen mozo, sargento
del segundo de Borbón.

Siguió la chica en su *oficio*
prendada de la milicia
que la sacaba de quicio,
siendo su mayor delicia
asistir al ejercicio.

Hasta que al cabo se hartó
del pobre sargento Pérez
y á paseo le mandó,

cuando la solicitó
un muchacho que era alferez.

A su lado se pasaba
de palique horas enteras,
y sólo se disgustaba
cuando él por la noche estaba
en el cuarto de banderas.

Pero también sucedió
lo que era cosa ordinaria:
¡con el alferez riñó!
no sé qué se imaginó
estando él de imaginaria...

Desde que tronó con él
ya no he tenido ocasión
de saber en qué cuartel
presta servicio Isabel,
siguiendo el escalafón.

Pero la gente asegura
que ahora está con un teniente
y por algo lo murmura.

.....
¡Lo que no sabe la gente
es que es un teniente... cura!

FÉLIX LIMENDOUX.

El mayor mónstruo, los celos.

(DE UNA NOVELA INÉDITA)

En el pecho de D. Camilo ardía la llama de los celos.

Ella era hermosa como un serafín, aunque un si es no es achaparrada, y D. Camilo la había llevado al altar, lleno de entusiasmo y de temor, á un tiempo mismo. Ella no había cumplido los 18 años; él podría tener de 42 á 57; ella parecía un capullo perfumado; él tenía una nariz lo mismo que una alcachofa rellena. Además, le había salido un bulto encima de una ceja y esto le afeaba bastante, tanto que su mujer le decía á cada paso:

—Mientras conserves ese bulto, no habrá alegría en nuestro matrimonio.

Pero D. Camilo no quería que le hiciesen la operación, y eso que era la cosa más fácil del mundo. Todo consistía en cogerle el bulto con unos alicates y tirar de golpe, como quien arranca una escarpia.

Don Camilo trataba de halagar á su esposa por todos los medios imaginables, menos el de la extracción del bulto. A trueque de conservar el cariño de su mujer, buscaba todo aquello que podía hacerle simpático, y hoy adquiriría una corbata azul celeste para embellecer el ros-

tro; al otro día se rizaba los pelillos del cogote, y así sucesivamente.

Isolina—porque ella se llamaba Isolina—había caído en una especie de abatimiento que despertaba en don Camilo serios temores.

—Vida mía, ¿qué tienes?—le preguntaba á lo mejor.—¿Estás mala? ¿Quieres que salgamos á dar una vueltecita? ¿Te molesta el ruido que hace el aguador? ¿Quieres que lo mate en un momento?

Ella guardaba silencio, y todo lo más que hacía era exhalar ayes hondos, arrimada á la pared, como si tuviera flato.

Así pasaron dos meses, durante los cuales D. Camilo no tuvo momento de tranquilidad, hasta que un día se dió un golpe en la frente, y echándose de brazos sobre una mesa, se puso á sollozar, murmurando:

—Mi desgracia es cierta. Isolina me engaña... Pero, ¿quién es el rival que me roba su cariño? ¿Dónde está?

Después llamó á la criada, y entregándole una peseta y dos higos melares, le habló así:

—Nicanora, tú comes el pan de mi casa.

—Sí, señor.

—Nicanora, tú me aprecias, aunque me esté mal el decirlo.

—Sí, señor.

—Pues bien; ¿qué tiene la señorita?

LAS MUCHACHAS DEL DÍA



—Ya ve V. lo que dice el padre Meñdruguillo: «que no debemos dar lugar á que los hombres nos miren y se sonrían.»

—¡Hija! No puede una atajar á la gente joven y enamorada. ¡Si fuera yo á matar á todos los que se rien cuando me miran!...

CUENTO



Iba un mudo hablando por señas con un amigo que no era mudo.



Y se encontraron á otro, amigo del mudo, que al ver á los dos entendiéndose de aquel modo...



Siguió la conversación en la misma forma.



Mas, ¡ay! el mudo tenía novia, y hubo de despedirse.

OPINIONES VIEJO



Dejando á los dos entregados á la mímica más espantosa.



Pero quiere el destino que pase un conocido, y...



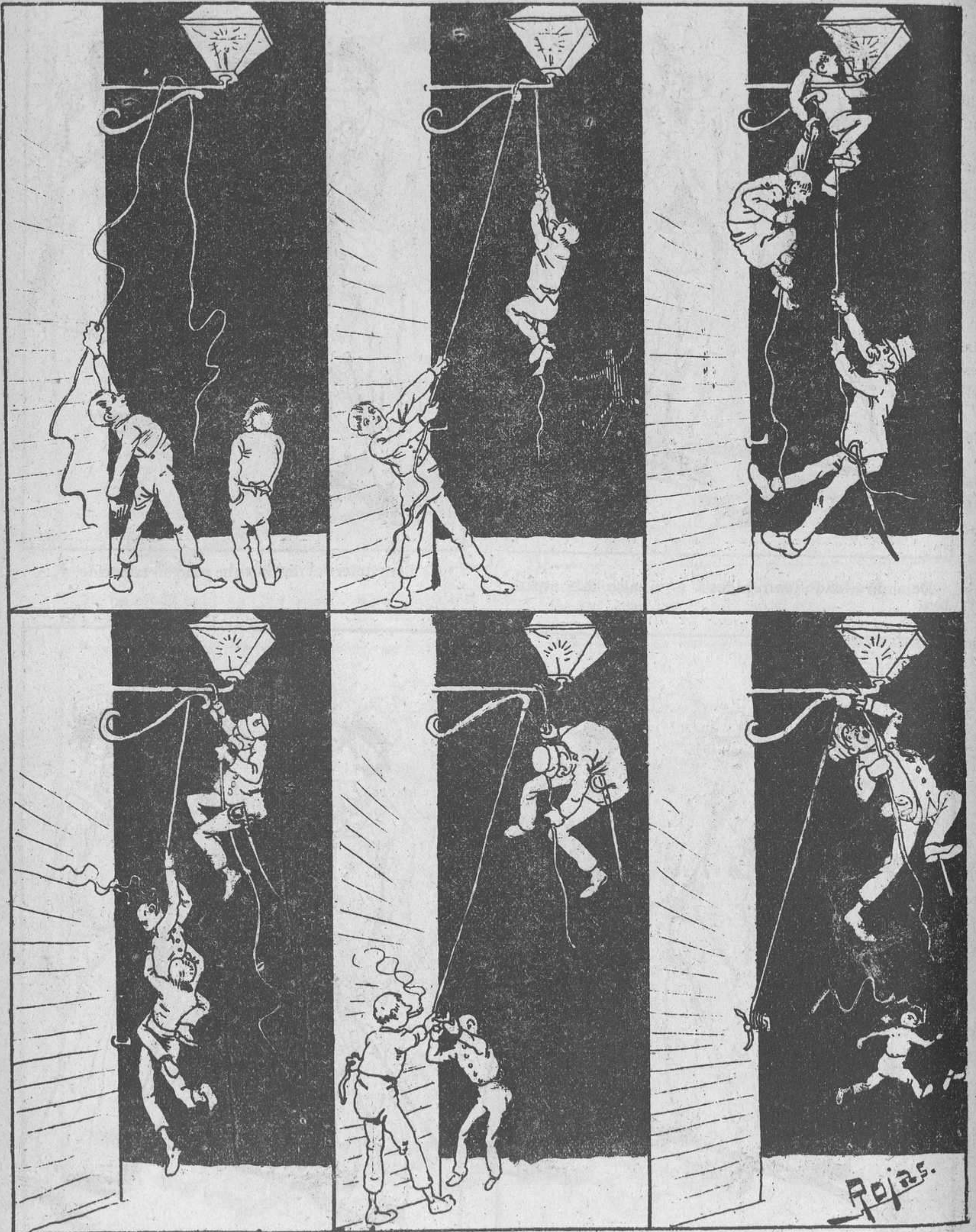
—¿Dónde vas, querido Pepe?
—Cón este sordo-mudo, que me está dando la gran lata.



—¡El mudo lo será V. y toda su familia!...

CÓMO SE ENCIENDE UN CIGARRO

Ó LAS FATIGAS DE UN GUARDIA



Rojas.

—Yo no le noto nada.

—¿No adviertes que está triste?

—Puede que tenga V. razón. Ayer la sorprendí limpiándose los ojos con unos calzoncillos.

—¡Cielos! ¿De quién eran los calzoncillos?

—De V., señorito. Acababa de traerlos la lavandera...

Don Camilo respiró durante cinco minutos; pero las dudas que le atormentaban volvieron á hacer presa en su corazón, y se propuso vigilar á Isolina.

A ella no le pasaba cosa alguna; lo que tenía era un aburrimiento horroroso, porque D. Camilo le iba pareciendo cada vez más deteriorado, y porque aquel bulto adquiriría proporciones colosales.

Y para distraerse se había dedicado á la cocina. Cuando su esposo bajaba las escaleras para dirigirse al Congreso, Isolina empuñaba el mango de la sartén, y no lo dejaba hasta el regreso de su marido.

Este, siempre celoso, en vez de asistir á las importantes discusiones del Parlamento, se quedaba en la esquina de la calle, expiando á los transeuntes para ver si descubría en alguno al amante de Isolina.

Una vez paró á un sujeto que iba embozado hasta los ojos y le preguntó de buenas á primeras:

—¿A quién ama V? ¿Por qué oculta la faz? ¿Por qué ha puesto V. los ojos en esa joven?

Y el sujeto, que tenía muy malas pulgas, y llevaba un dolor de muelas de todos los demonios, cogió á don Camilo por los fondillos del pantalón y lo tiró de bruces sobre una mujer que vendía mojama en una esquina.

Don Camilo no se corrigió por eso; antes bien, redobló sus cuidados, y cuando menos le esperaban aparecía

en su domicilio con los ojos fuera de las órbitas y los pelos de punta. Después se ponía á mirar debajo de las camas y á meter el mango de la escoba por entre los muebles.

Pero todo era inútil.

Una tarde, ¡tarde cruel! D. Camilo dijo que iba á emprender un viaje á Guadalajara para tomar parte en una subasta de bizcochos borrachos.

—Adiós,—dijo á su mujer.—Probablemente no regresaré hasta pasado mañana.

—Pero, ¿no podrías cortar ese viaje?—preguntó ella.

—No es posible; se trata de un negocio importantísimo. Un fabricante de bizcochos se ha presentado en quiebra, y quiero ver si me quedo con la mercancía.

En vez de bajar las escaleras, D. Camilo fué á ocultarse en la alacena del aparador, junto á un frasco de guindas en aguardiente, y desde allí comenzó á observar á su esposa.

Ésta cogió papel y pluma y se puso á escribir tranquilamente.

—¡Infame!—dijo D. Camilo para sí.—¡Escribe á su cómplice!

Y salió de su escondrijo dispuesto á todo.

Isolina, al verle, lanzó un grito y rompió el papel; pero D. Camilo recogió los fragmentos, exclamando:

—He aquí la prueba de tu crimen, desventurada.

Corrió á su despacho, reunió los fragmentos y leyó con avidez lo siguiente:

«Receta para guisar el bacalao á la vizcaina. Después de bien limpio el bacalao se fríe la cebolla...»

LUIS TABOADA.

¡APRISA, QUE EL TIEMPO VUELA!

A no ser porque la moda con las odas acabó, yo escribiría una oda al inventor del reló.

¿Quién la existencia concibe sin reló? ¿Quién no lo sueña? ¿Quién no sabe en qué hora vive? ¿Quién, á veces, no lo empeña?

Y pues sin reló concedo que es imposible andar bien, porque quiero y porque puedo suelo tenerlo también.

Y el tenerlo me conviene por la razón muy sencilla de que hoy cualquiera lo tiene... alguna temporadilla.

Como las alhajas todas siempre los relojes fueron, exigencias que las modas tiránicas impusieron.

De suerte que las alhajas, siendo cosas excelentes, aunque tienen sus ventajas, tienen sus inconvenientes.

No hay joya que no reuna defectos incorregibles; y el reló como ninguna tiene defectos terribles.

¿Cómo? ¡Pues lo vais á ver por mí! Siendo un holgazán, que tiene mucho que hacer por lo poco que le dan,

algunas veces quisiera olvidarme de la vida ó pasar la vida entera en holganza divertida;

y al punto mi *remontoir* con voz ensordecedora me dice: ¡Hay que trabajar! y yo pienso: ¡Sí! ¡Ya es hora!...

¿Que una muchacha bonita me da una cita liviana?



¡Pues no puedo ir á la cita
hasta que á él le dé la gana!

Y es, en fin, tan imprudente,
que su voz intemperante
me tiene constantemente
en una alarma incesante.

Y por él, que le detesto,
paso la vida en un potro...
¡Las cinco! ¡Que hay que hacer esto!...
¡Las seis! ¡Hay que hacer esto otro!...

¿Quién sería el que inventase

una joya tan traidora?
¡Está bien que el tiempo pase,
pero que no dé la hora!

Pues sin este impertinente
reloj que nos asesina,
todo sería presente
(como en la mente divina),
y con él sobreexcitado
é intranquilo vivo yo...
¡Ya puede estar descansado
el inventor del reló!

RICARDO J. CATARINEU.

EL PUDOR EN PELIGRO

Carta de un chico formal
á una dama de *altos vuelos*
que desde un palco del Real
le mira con los gemelos.

Señora, con el rubor
que es á mi ser inherente,
por lo que afecta al pudor,
voy á pedirle un favor
entre osado y reverente.

Y ya que es V. tan bella
(como yo he podido ver
con sonrojos de doncella)
no escuche V. mi querella
como quien oye llover,

puesto, que en frase concisa,
le suplico y le aconsejo;
y sentada esta premisa,
contenga V. la sonrisa
y escúcheme como á un viejo.

No pienso ver alterada
la color de su semblante;
¿quién vió jamás sonrojada
á una mujer escotada
por detrás y por delante?

He notado que en el Real,
me dirige los gemelos
con insistencia fatal
y en mengua de la moral
que heredé de mis abuelos.

Soy un pollo *recatado*
y hay noches que al verla, su do,
con ese escote extremado,
que es, por *libre y empolvado*,
una pintura al desnudo.

¿Eso las modas prescriben?
Serán modas de igorrotos
que sólo allá se conciben;
¡hay cosas que no se exhiben
donde hay pollos con bigotes!

Si el pudor con la elegancia
fácilmente se concilia,
tenga V. más temperancia
y cubra esa exuberancia,

que soy hijo de familia.

¡No desmientes, paraíso
del Real, el nombre que llevas!
¡Cuánto Adán *sin compromiso*
contempla desde tu piso
los encantos de las Evas!

En los palcos no se anidan
las Virtudes Teologales,
que al misticismo convidan;
pero puede cualquier quidam
ver enemigos *carnales*.

Usted me mira, me acecha;
usted me infiltra el veneno,
y batiéndome en la brecha,
e npuña la ardiente mecha
que ha de volar el barreno.

No me mire V. así,
que voy á volverme loco
de angustia y de frenesi,
y no respondo de mí
si V. no se cubre un poco.

Hoy exige este favor
el fuego en que ya me abraso
por su busto seductor.
¡Me causa tanto dolor
ver su cielo... *á cielo raso!*

No haga V. alarde necio
de sus dotes naturales;
téngalos en más aprecio;
deje V. recursos tales
á las Ninfas de trapecio.

Lo que V. haciendo está
conmigo, es hartito inhumano.
¿Que me adora? ¡Bien está!
Hable V. con mi papá,
y pídale V. mi mano.

Si se la otorga, gustoso
me decido al disparate,
y ordeno ya, como esposo.
Por si surge algún goloso,
cierre V. el escaparate.

AMBROSIO GONZÁLEZ MORENO.



El semanario *Blanco y Negro* se alborozaba por tener imitadores que, *más ó menos felizmente*, adoptan su forma.

Unimos nuestro gozo al del colega; también á EL CASCABEL se le ha imitado en lo de dar un número á favor de los inundados, y hemos tenido la satisfacción de saber que *Blanco y Negro* ha recaudado una buena suma, redonda, que ayudará como todas á enjugar algunas lágrimas.

Queda, pues, demostrado, que las imitaciones son buenas.

Excepto las del jabón de los príncipes.

Y á propósito del Congo.

Vean Vds. cómo es la literatura de aquellas *cálidas regiones*:

«Va V. por un jabón—que da *albor* y perfuma al punto que la piel—*al decaer se ahuma*.

Imitación feliz—del nácar que hermosea, sencillo es en verdad—tendrá lo que desea.»

Vaya un jabón... que le están dando á la gramática.

Por supuesto que si el producto es tan delicado como el anuncio, debe de resultar aquél excelente.

Repitamos con el poeta:

«Y asado por esas manos
hechas á cebar lechones...»

¡Bah! Echemos el día á anuncios.

El Dr. Audet, encabeza así uno:

«LA CURACIÓN DE LA TISIS
Y LA BRUTALIDAD DE LOS HECHOS.»

Si advertimos que los hechos brutales son las curaciones efectuadas por el propio doctor, renacerá en los tísicos la confianza.

Porque un médico, después de llamarse bruto á sí mismo, se asemeja á Dios.

Ya no puede engañarse ni engañarlos.

Dice *La Correspondencia* que ahora está de moda entre las señoras, llevar colgado un cencerro de oro, plata ó níquel.

Eso es una alusión; desde que asiste á la plaza de toros y baja á apuñalarlos un cuerpo distinguido de zulús, se hace preciso otro cuerpo de mansos para sacarlos del redondel.

Y ya sabemos que las autoridades son las encargadas de despejar la plaza.

Aparte de todo, será una novedad, el ver á los guardias armados por el sistema *Chironi*.

El semanario *Barcelona Cómica*, copia en el número del día 7 una composición original de nuestro compañero D. Manuel Paso, publicada en EL CASCABEL, núm. 1.125, fecha 10 de Septiembre.

Conviene advertir al colega, que los trabajos que publicamos son de nuestra propiedad; que nos cuestan

sendos duros; que tenemos prohibida su reinsertión y que consideramos un crimen de lesa sentido común el que tras de copiarlos los adulteren.

Con que, pocas bromas pesadas, que á otra vez es posible que se nos vaya la pluma.

La venta del extraordinario de EL CASCABEL, ha dado el resultado siguiente:

	Pesetas.
1.257 números, á 15 céntimos uno.	188'55
63 números pagados á 25 céntimos por varios Sres. Corresponsales.....	15'75
Dado por un número.....	2
TOTAL.....	206'30

Cantidad que entregará el Sr. D. Fernando Fé á *EL Imparcial*.

Como se ve, el público no ha respondido; creímos que siendo el número de más precio se obtendría mayor ingreso, y la venta no ha alcanzado ni á la cuarta parte de la de los ordinarios.

Lo sentimos de veras. No ha estado en nosotros el evitarlo.



P. Rita.—¡Hay en el público opiniones tan diversas! Es absolutamente necesario publicar trabajos de géneros distintos.

Sr. D. D. C.—Madrid.—Esperaba que V. nos honrara con su visita. Aquello está muy forzado *por mor* de la rima.

Ego Sum.—¡Qué recochinísimo es V., lucero mío!

Sr. D. B. J.—El de los gorriones está mal desarrollado. Del otro, no hablemos; bastante desgracia tienen ya las viejas que se acicalan, con lo mucho que se les ha dicho.

Sr. D. G. J.—Madrid.—«A Natalia.» Mal principio. Pero no anticipemos los acontecimientos.

«¿No conoces el cariño?
¿no sabes lo que es amar?
¿y en la soledad llorar
con pasión y con ardor?...»

¡Ay! Si lo debe de saber si ha leído la composición entera, porque yo, con sólo dos estrofas, estoy ya *mu aflagio*.

Sr. D. J. C. y D.—Madrid.—¿Amorosas y envenenamientos de suegras? Vamos, ¡no quiero perderme!

Sr. D. L. R.—Madrid.—Están escritas con mucho ingenio; pero ya sabe V. que no es costumbre insertar esas misceláneas en prosa.

Macha K. la Q. K.—¿Que si las echaré al cesto? No, ilustre mandarín, hijo de mandarines, eso sería mucho honor para un chino.

P. Lusa.—Las cositas únicamente. ¡Por Dios, no me sofoque V! Están en turno.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores, calle de San Isidro, 6 duplicado.—Teléfono 260.

ANUNCIOS



EL CASCABEL

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado e ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

Precios de suscripción en toda España: trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.

Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.

Precios de venta: Número suelto, corriente ó **atrásado**, 10 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

Los señores suscriptores tienen derecho á recibir gratis todos los números extraordinarios que se publiquen, como asimismo el Almanaque de EL CASCABEL; y los que lo sean por un semestre, á la inserción de un anuncio, por una sola vez.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

calle de San Isidro, núm. 6 duplicado.

(Teléfono 260.)

HORAS DE OFICINA: TODOS LOS DÍAS DE 10 Á 5

Se admiten suscripciones en la Administración de este periódico, en la librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en la de los Sres. Escribano y Echevarria, Plaza del Angel, 12.

EL ÁGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

3 — Preciados — 3

Enfermedades del estómago

PASTILLAS COMPRIMIDAS DE RUIBARBO DE COIPEL

Inapetencia, dispepsia (digestión difícil), estreñimiento, flato, antibilioso, purgante suave y seguro.

Barquillo, 1, Farmacia.

RETRATOS

inalterables, reproducidos y ampliados, últimos adelantos.

E. OTERO, Alcalá, 19.

Hay ascensor. Teléfono 166.

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8—ARENAL—8

(Teléfono núm. 283.)

PROFESORA DE DIBUJO

Da lecciones á domicilio desde 5 pesetas al mes; y de colorido desde 10 pesetas.

Madera alta, 10, tercero

ANTIGUA ACADEMIA LAGUILHOAT

Preparación completa para las carreras especiales de Aduanas, Telégrafos y Academia General Militar.—Se admiten internos.

Barrionuevo, 2, pral.

RELOJES

Ancora plata, remontoirs, á 29 pesetas; de acero, á 20; de níquel, á 10. Roskopf legítimos, á 35. Composturas, con garantía, á mitad de precio. Especialidad en las de cronómetros y repeticiones. Se encarga de dar cuerda á domicilio.

Sal, 2 y 4, relojería

(Casi esquina á la calle de Postas.)

SORIA

JOYERO

18—Magdalena—18

PERFUMERÍA FRERA

Primera casa en perfumería fina, peines, peinetas de concha, marfil é imitaciones; cepillería fina y demás objetos de tocador.—Especial en blancos y tintes.

1, Carmen, 1, Madrid

DOLOR DE MUELAS

Lo cura sin operación

CALVO, DENTISTA

Caballero de Gracia, 30, pral.

LEGÍA FÉNIX

Para el lavado y fregado con 80 por 100 de economía en tiempo, trabajo y dinero. Venta al por menor en droguerías, ultramarinos y cacharrerías.

Por mayor con descuento.

Plaza de San Nicolás, 6.

¿Que dónde se venden las CAMAS más baratas y mejores del universo?

En el

GRAN BAZAR

1—Plaza de la Cebada—1

PIANOS

Los hay desde 500 pesetas. De estudio desde 600. De cuadro de hierro, gran forma y de concierto desde 1.000 á 1.500. Garantizados á gusto del comprador.

MAOERA, 19, Fábrica de Pianos.

Lo más elegante

en CAPOTAS, TOCAS y SOMBREROS lo vende esta casa á precios más baratos que nadie.

Variado surtido de modelos adquiridos por nosotros en París.

Sombreros de castor á 3 duros y medio.

PERNETTE,

27—Barquillo—27

ALMACENES DE LA EUROPA

Grandes surtidos en novedades para señora.—En los entresuelos, los últimos modelos en Pelerinas, Levitas, Paletós, Sombreros, ropa blanca.—Se hacen á la medida todas las prendas, por delicadas que sean.

ADOLFO PÉREZ

Fuencarral, 11, y Desengaño, 2.